

LA DEMOCRACIA COMO SOCIEDAD DONDE NO SOLAMENTE ES PERMITIDO SINO EXIGIDO EL SER PERSONA

Maria João dos Santos das Neves. Universidade: Instituto Superior Dom Afonso III (INUAF). Portugal

Resumen: El artículo gira en torno a la definición de democracia de María Zambrano: «una sociedad donde no sólo es permitido sino exigido el ser persona». En la filosofía de Zambrano, para llegar a ser una persona es una exigencia ética para cada ser humano, y régimen democrático, por su respeto para con las diferencias, la admisión de los espacios de soledad e intimidad, la apertura esperanzada al porvenir y la posibilidad de coexistencia de diversas formas-tiempo simultáneamente es, en el entender de Zambrano, el medio propicio al desarrollo de la persona.

Abstract: The article is focused on Maria Zambrano's definition of democracy: «a society where not only is permitted but demanded being a person». In Zambrano's philosophy, to become a person is an ethic demand for each human being. A democratic regime, for its respect with the differences and the admittance of loneliness spaces and intimacy, for the hopeful opening to the forthcoming and the possibility of co-existence to several time-shapes simultaneously, is the propitious medium to the person's development.

Según Zambrano el *lugar natural* del hombre no es ni la naturaleza ni la soledad, sino algo que encontramos entre ellas: la sociedad. El tiempo específico de la sociedad es el de la convivencia y de las diversas formas de convivencia que los seres humanos vienen experimentando a lo largo de la historia, el de la sociedad democrática, es, según la autora, el más adecuado. Lo define de esta forma:

«Sociedad en la cual no solo es permitido sino exigido, el ser persona».¹

Intentar alcanzar el por qué de ésta definición, a la cual se añade la extrañeza de provenir de una pensadora tan ajena a las definiciones, es el objeto de este trabajo. Pero antes importa situar un poco a Zambrano, de forma que sea dado ver el *saber de experiencia* que la lleva a elegir la democracia como régimen político a escoger.

La célebre frase de Ortega «Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo»², es bien verdad en lo que a su discípula se refiere. Aunque no quisiera envolverse en menesteres políticos, la época en que vive Zambrano es tan marcadamente importante histórica y políticamente, que se hace imposible desatender este aspecto de su pensamiento. Sin embargo, Zambrano, asume claramente su posición política pro-liberal, republicana y de ideología cercana al socialismo.

Este su posicionamiento no es apenas ideológico, se traduce en diversos actos: desde 1927, nos dice Zambrano, que la vida universitaria crece enormemente con la creación y

¹ M. Zambrano, *Persona y Democracia*, Anthropos, Barcelona, 1988, p.133.

² J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Revista de Occidente, Madrid, 1970, p. 30.

auge de las Asociaciones Escolares³, entre las cuales se destaca la F.U.E. *Federación Universitaria Española* en la cual Zambrano ingresa en 1928. En el mismo año comienzan sus colaboraciones en la sección «Aire Libre» del periódico madrileño *El Liberal* y participa en la fundación de la Liga de Educación Social, de la que será vocal. De hecho, de las tres veces que Zambrano siente la «tentación» de abandonar su labor filosófica, dos de ellas son para dedicarse enteramente a la política⁴.

En 1936 se crea en Madrid *La Alianza de Intelectuales Antifascistas*, similar a la de París. La tensión aumentaba día tras día, se multiplicaban las muertes en las calles y la situación del intelectual tenía necesariamente que cambiar.

«(...) no era posible permanecer apartados, separados de problemas tan hondos y inmediatos. (...) dos anhelos nos movían a los que nos congregamos en aquellas primeras reuniones: unirnos en una comunicación más constante, más consistente que el de unas simples conversaciones y encontrar el camino de un acercamiento a este afán vivo que percibíamos en el pueblo».⁵

De esta alianza surgirán varios proyectos como el de una Universidad Popular, organización de bibliotecas, charlas y lecturas de poesía en los cuarteles y en los hospitales, etc. Algunos de los miembros llegarán a incorporarse voluntariamente en el naciente Ejército Popular mientras que otros visitaban continuamente los frentes realizando una doble labor de propaganda y de información pues escribían crónicas sobre lo que allí pasaba. De las diversas actividades culturales que no cabe enumerar aquí, Zambrano destaca *El Mono Azul*, publicación abierta que describe como una voz que transmitía no solamente las emociones, congojas y esperanzas, sino también información valiosa como «unos gráficos de guerra de cómo había que protegerse de los aviones»⁶.

No es, pues, de extrañar que el primer libro que publica Zambrano, *Horizonte del Liberalismo* (1930), versara sobre temas políticos. En él nos dice que la política, la ética y la religión, tienen un origen común: el no conformismo⁷. No conformismo ante lo que es, ante la realidad que se presenta, alimentada por el ansia de lo que debería ser. La única

³ Cfr. M. Zambrano, «El año universitario», *Almanaque Literario*, Plutarco, Madrid, 1935, p. 124.

⁴ «La segunda vez que sufrí la tentación de apartarme de la filosofía fue atraída por el pensamiento entonces común entre cierta clase de juventud, de que lo importante era rehacer España, propósito que guiaba la Federación Universitaria Escolar, la muy gloriosa y olvidada F.U.E. que sostenía ser apolítica, mas en realidad siendo política en el más noble de los sentidos.

Mi tercera «renuncia» a la filosofía sucedió con motivo de las elecciones que trajeron la República, elecciones en las que tanto ardor desplegué. Una alta personalidad, que tenía poder para ello, D. Luis Jiménez de Asúa, catedrático de Derecho Penal, me ofreció un escaño del Partido Socialista. De haber aceptado tal ofrecimiento, habría formado parte de aquellas Cortes que fueran inigualables y en las que se encontraban, entre otros muy relevantes, Unamuno y Ortega», en M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el Alma*, Alianza, Madrid, 1989, pp. 10, 11.

⁵ M. Zambrano, «La alianza de Intelectuales antifascistas», *Tierra Firme*, n° 4, 1937, p. 610. Zambrano crítica vehementemente el «intelectual típico», el que menosprecia la masa, el pueblo, impotente para comunicarse con él: «(...) esta situación es la de su pertenencia a la burguesía, que le apartaba de los problemas vivos y verdaderos del pueblo y le encerraba dentro de un círculo restringido y limitado de preocupaciones, cada vez más indirectas y alejadas de la realidad, cada vez más para «minorías», previamente escogidas, donde no era posible ningún avance efectivo. Encerrados en esta tela de araña, su afán de libertad tenía que resultar falso, candorosamente falso en su comienzo y alevosamente hipócrita al correr el tiempo», en M. Zambrano, «La libertad del intelectual», *El Mono Azul*, Madrid, 10 de Septiembre, 1936.

⁶ Cfr. M. Zambrano, «La Alianza de Intelectuales Antifascistas», *Terra Firme*, n° 4, 1937, p. 611.

⁷ Cfr. M. Zambrano, *Horizonte del liberalismo*, Morata, Madrid, 1996, p. 203.

diferencia reside en que la religión y la ética son menesteres del hombre como individuo aislado, mientras que la política solo cobra sentido en sociedad.

La política está también hermanada con la historia, una vez que

«toda política supone idealmente una conciencia histórica; es su alumbramiento; se dirige a un futuro, lo crea».⁸

Sin el marco de la historia no se podría hacer política al carecerse de contexto, del horizonte que permite la visión de los hechos. La historia, este *diálogo dramático*⁹ que el hombre establece con el universo, constituye la condición de posibilidad de la política. La historia permite la visión del pasado, es el antídoto de la desmemoria, y la apertura a la comprensión del presente. La política, por su lado, tiene el peso en el futuro, lleva en sí una concepción de la vida, una ansia de ser, de realización.

El marco histórico contemporáneo de Zambrano es el de una España abatida a causa de la pérdida de las colonias y consecuentemente de sus importantes mercados como el de Cuba y Filipinas. Los jóvenes, a quienes se les había inculcado una mentalidad de glorioso imperio, ante la dura realidad, peleaban con «ansia de rescate de la verdad nacional»¹⁰. Por este motivo este fue un periodo de ferviente reflexión debido a la necesidad que vivía España de explicarse y entenderse a sí misma; España se constituye en un problema intelectual y sus preocupaciones estriban en la pregunta por su ser. Les urge una regeneración nacional, mas para hacerlo sería necesario luchar en el mismo sentido uniendo esfuerzos. Esto es, justamente, lo que no ocurre y lleva a Zambrano, en más de una ocasión, a distinguir entre dos principales tipos de política:

«Ellos, los así llamados tradicionalistas, se ponían en la trágica y cómica situación de únicos herederos de esta huella de España en el mundo y los únicos sabedores de su sentido, bien simple y pobretón por cierto, según su exégesis. Ellos eran España y toda su obra en el pasado. Y como esta obra había alcanzado tan grandes magnitudes, no había ya que pensar en realizar otras en el porvenir. El futuro era simplemente un cartelón que al par de “tapar la calle para que no pase nadie” era la pantalla grotesca donde se proyectaban deformadas, como de pesadilla, las figuras del glorioso y lejano pasado, no tal cual era, sino tal cual salían de la pobrísima imaginación de estos herederos de la tradición. (...) Y así nos hicieran un pasado de pesadilla, que pesaba sobre cada español aplastándole, inutilizándole, haciéndole vivir en perpetuo terror».¹¹

Del otro lado estaban los revolucionarios que se rebelaban contra lo que llamaban «fantasmas históricos», pero en este arremeter contra los fantasmas se corría el peligro de «tirar el bebé junto con el agua del baño», o sea, confundir los fantasmas de la historia con la historia misma, y así el intelectual español se queda en el desierto.

La política conservadora se caracteriza por poseer concepciones estáticas, sean de cariz racional, religioso u otro cualquiera, concepciones esas que parten del supuesto de

⁸ *Ibid.*, p. 204.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ M. Zambrano, «El español y su tradición», *Hora de España*, Valencia, Tomo I, nº I-V, Enero-Mayo, 1937, p. 264.

¹¹ *Ibid.*, p. 264.

que están descubiertos de una vez y para siempre los principios del mundo y de la sociedad. Esta creencia conlleva un modo de actuación que es lo que le da el nombre de conservadora, es un actuar que se traduce en un intentar a toda costa preservar y defender lo que existe frente a cualquier cosa nueva, por llegar, porque si ya se conocen los principios fundamentales e inmutables, todo el nuevo significará una degeneración¹².

La política revolucionaria asume una creencia positiva en la vida y en su fluir, de tal forma que no supone la aplicación apriorística de formulas supuestamente definitivas. La principal característica de la política revolucionaria es que cuenta con el tiempo, con la renovación y modificación de la realidad. Esta política admite, pues, la necesidad del cambio.

Mientras que el conservador tiene una fe absoluta en la razón, el revolucionario cree que la vida esta por encima de cualquier concepción racional, pues es de una grandeza inabarcable. La razón, por más que se esfuerce, nunca conseguirá, en el entender de Zambrano, captar la totalidad de la vida.

Así, el político revolucionario tiene como arma la intuición frente a la razón privilegiada por el conservador, se trata de creer más en el fluir de la realidad que en la perennidad de las ideas. Dice Zambrano que «con ella se sabrá dar cuenta de la palpitación del tiempo, de las exigencias y cambios que cada hora trae consigo, de los diferentes problemas con micrométrica exactitud, con acelerada rapidez»¹³. Prescindiendo de dogmas, los políticos revolucionarios admiten el cambio constante, consecuencia del fluir del tiempo.

Pero no siempre el tiempo fluye, hay un ritmo característico del estado de una sociedad, cualquiera que ella sea, marcado esencialmente por el trato con la naturaleza, las condiciones del clima y el modo de subsistencia¹⁴, ritmo ese, observable en los más mínimos detalles:

«En el modo de moverse de las multitudes, un observador avisado podría sorprender la situación social de un país. Por el ritmo o la falta de ritmo, por el modo de mover los pies, de dejarse espacio o de aglomerarse».¹⁵

Por veces, un pueblo vive dominado bajo la sombra de su pasado, que por más glorioso que sea, no deja de pesar. Tal es la circunstancia española después de la caída del imperio.

La historia es el tiempo transformado en pasado, mas en un pasado que queda, porque si desapareciera completamente ella tampoco existiría; ese pasado no puede asumir un papel tan fuerte que impida ver, que impida la constitución de una apertura hacia el futuro. Es fundamental que exista un equilibrio entre este pasado que queda y la apertura al porvenir. Cuando uno de ellos predomina la relación con el tiempo se inclina y, recordando que este es el medio de vida humano, podemos anticipar las consecuencias desastrosas que de ahí advienen.

«Es necesario sostener nuestro pasado, pero sólo se consigue cuando se avanza hacia el futuro, cuando se vive con vistas a él, sin dejarnos tomar por su vértigo. Cuando en

¹² Cfr. M. Zambrano, *Horizonte del Liberalismo*, Ed. Cit. p. 211.

¹³ *Ibid.*, p. 226.

¹⁴ Cfr. M. Zambrano, *Persona y Democracia*, Ed. Cit. p. 19.

¹⁵ *Ibid.*, p. 23.

un equilibrio dinámico conseguimos unir pasado y futuro, en un presente vivo, como una ancha, honda pulsación. Pues siendo el tiempo nuestro medio vital por excelencia, habríamos de saberlo respirar como el aire. (...) a un régimen político se le puede juzgar por el ritmo que imprime a todo el pueblo».¹⁶

La responsabilidad del humano implica la consciencia de su circunstancia histórica, esto que Zambrano denomina «abrazar su tiempo»¹⁷, se trate de un momento de gloria o de crisis. Este es el punto neurálgico del pensamiento político de Zambrano:

«La persecución de una ética de la historia o de una historia de un modo ético».¹⁸

La historia es, para Zambrano, «la revelación progresiva del hombre»¹⁹, pues el ser humano, no nace determinado de una vez y para siempre, por el contrario, es un ser en abierto, en continua formación. Esta indeterminación y apertura es otra de las características de la persona.

Dijimos antes que la sociedad es el *lugar natural* del hombre y que su tiempo es el tiempo de la convivencia, dando ya por supuesto que la convivencia es una convivencia entre individuos, sin embargo no siempre ha sido así. Según Zambrano el individuo aparece en la sociedad griega por primera vez, cuando los llamados ciudadanos existen en cuanto tales liberados de los lazos de sangre o de clase. Vivir bajo una condición determinada hace con que el hombre esté enmascarado siempre, vive bajo un traje, un rol del personaje que le cupo en suerte: desempeña la función tal, es el hijo de X, pertenece a tal clase, etc., etc. Una sociedad de individuos admite la realidad del hombre como un valor, independientemente de las demás categorías en que se incluya. Pero el individuo no es todavía persona. Es Sócrates quien empieza a cuidar esta dimensión de lo humano al establecer como preocupación esencial el autoconocimiento:

«La persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo (...)».²⁰

Esta es la «peligrosa novedad» de Sócrates, la prescripción de conocerse a sí mismo, conlleva la aparición de la consciencia individual, la consciencia de ser hombre como un valor, independientemente de serlo bajo una condición particular de pertenencia a una clase, función, o nacimiento determinado. La consciencia de sí mismo inaugura también un nuevo modo de la forma-tiempo: el tiempo de la soledad.

Zambrano distingue la existencia de distintos tipos de tiempo, tales como el de la amistad, el del amor, el de la soledad o el de la convivencia social, y considera que este último es el sostén del tiempo histórico. Las formas primarias de civilización poseían ya el llamado tiempo de la convivencia social, pero no tenían tiempo propio:

«(...) no gozaba el individuo de un tiempo suyo; no existía, pues, eso que hemos

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 25.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 29.

²⁰ *Ibid.*, p. 103.

llamado «tiempo de la soledad». Este tiempo de la soledad es el que corresponde al hombre que se sabe y se siente individuo».²¹

Actualmente, no sentimos el «tiempo de la soledad» como una conquista, cuando nacemos ya nos hacemos presentes en un entorno donde nos es dado como un derecho. Sin embargo, en un inicio, este fue un tiempo de que solo aquellos privilegiados, sólo las clases que gozaban de cierto ocio podían disfrutar de él. Por eso la Grecia Aristocrática es la cuna de la filosofía, sólo en ella se reunían las condiciones para que se pudiera dedicar, en el espacio de su soledad de hombre-individuo, al saber desinteresado de que hablaba Aristóteles. Después, nos dice Zambrano, la cultura occidental ha ido progresando en el sentido de un cada vez más acentuado individualismo. Este aumento de individualismo exige un proporcional aumento de responsabilidad, pues la soledad crea las condiciones para pensar y actuar en consciencia. Esto es común tanto al pueblo como a sus dirigentes: la posibilidad de pensar, esto es, de hablar y de dudar en voz alta. Este en voz alta quiere decir públicamente, y constituye para Zambrano el principal motivo de temor de aquellos que poseen tendencias despóticas o tiránicas.

«De ahí que todos los déspotas teman el pensamiento y la libertad, porque el reconocer esa instancia les obliga a confesarse no a solas, sino en voz alta, lo cual significa ser persona, actuar como persona (...)».²²

Ser persona implica necesariamente un tiempo de soledad que permita el autoconocimiento. Esto quiere decir que la persona no se conoce a sí misma, y de hecho, así es. La persona no se conoce porque no está dada de una vez y para siempre; el ser humano, es un ser indeterminado y abierto, en continua formación. Por eso nos dice Zambrano que la acción más humana entre todas es la de abrir camino²³, quiere decir, tener un horizonte y una meta hacia donde caminar, pues sólo tras haberse señalado una meta, una dirección, aparecen las pequeñas cosas, los pequeños quehaceres que cobran sentido con relación a esa finalidad última.

El hombre anticipa siempre, haciendo que el tiempo fundamental del humano sea el futuro, un futuro que se ha de sentir como abierto, despejado, para poder caminar; otra cosa no es decir esperanza —el hombre es una criatura de la esperanza y por ella se mueve—, por eso afirma Zambrano que

«La Historia, toda ella podría titularse historia de una esperanza en búsqueda de su argumento».²⁴

Sin embargo, existen regímenes políticos que son verdaderos inhibidores de la esperanza; sus estructuras sociales y económicas no dejan cualquier margen, cualquier apertura al porvenir, y así retienen la esperanza que Zambrano dice es como «la respiración profunda de la persona»²⁵. Por otro lado, esto quiere decir que el hombre actúa siempre un

²¹ *Ibid.*, pp. 19, 20.

²² *Ibid.*, p. 22.

²³ *Cfr. Ibid.*, p. 31.

²⁴ *Ibid.*, p. 34.

²⁵ *Ibid.*, p. 66.

poco a ciegas, que si no dispone de una intuición bien desarrollada puede con facilidad equivocarse, pues el conocimiento de que se necesita solo se obtiene padeciendo, actuando. Esto constituye, según Zambrano, lo trágico de la historia: que el protagonista haya de actuar sin saber, pues las circunstancias políticas, económicas y sociales obligan a actuar, no esperan que sea adquirido un conocimiento, que además solo se obtiene vivenciándolo, pues el hombre, se conoce a sí mismo antes que pensando, actuando, su saber es fundamentalmente un *saber de experiencia*.

Existe aún un segundo aspecto de esta tragedia que es la diferencia entre el tiempo de la vida humana individual y el tiempo histórico. Este último dura bien más que el de una vida humana, por veces dura varias generaciones. Esta discontinuidad tiene el peligro de que generaciones pasadas, desactualizadas, se eternicen en el poder, o, por el contrario, que el desaparecimiento de una generación produzca una catástrofe por no haber otra preparada para sustituirla.

Esta catástrofe resulta, como vimos, de una descincronización de base. La solución sería la de la armonización de los tiempos, que también existe, a escala, en el interior de la persona humana. De hecho, la solución de la historia trágica se consigue a través de su transformación en una historia ética, y la ética reside en una doble fidelidad: a lo absoluto, fuera del tiempo, y a la relatividad, en el correr del tiempo. Parece contradictorio, pero no lo es. La persona humana se caracteriza por querer algo absolutamente, la meta lejana de que hablábamos antes, pero camina hacia ella a través de todas las cosas pequeñas y finitas, las contingencias que el estar en el tiempo implica.

El régimen democrático, por su respeto para con las diferencias, la admisión de los espacios de soledad e intimidad, la apertura esperanzada al porvenir y la posibilidad de coexistencia de diversas formas-tiempo simultáneamente es, en el entender de Zambrano, el medio propicio al desarrollo de la persona. Pero su definición no dice apenas que permite el ser persona sino que lo exige. Importa saber de donde viene esta exigencia, y sí habrá alguna legitimidad en ella.

Exigir parece una palabra muy fuerte, casi opresora si hablamos de realidades tan sutiles como el sentido de la vida de cada uno. Pero esta exigencia en Zambrano significa la necesidad de la libertad. No es posible que el ser humano se desresponsabilice de sí propio olvidando que lo que es y que lo que lleva dentro en modo de semilla en vías de nacer y fructificar, depende sobretodo de sí propio. Es una exigencia ética el ocuparse de sí mismo. A ella se hace referencia en el concepto de democracia zambrano.

La democracia es un régimen que incluye en sí la unidad y la multiplicidad, lo cual, vuelvo a decir, no es contradictorio. Lo que ocurre es que somos todavía víctimas de lo que Zambrano llama «materialismo occidental»; a pesar de las revoluciones de la física cuántica, seguimos viviendo en un mundo newtoniano, nos olvidamos continuamente de que los hechos son momentos de un interminable proceso, así como las cosas son haces de energía. De ello el temor a la riqueza, a la multiplicidad y al cambio. La imagen de la materialidad de las cosas invade todo creando, en lo que a la historia se refiere, un tiempo plano, poblado de hechos. Zambrano, en cambio, nos dice que no hay razón para que la imagen sea la de un edificio más que la de una sinfonía, realmente la sociedad democrática se acerca mucho al orden musical que a un orden arquitectónico.

La sociedad democrática ha de ser creada entre todos, está en movimiento constante, movimiento que no se hace presente si no entramos en él, es decir, tal como a una sinfonía, hemos de escucharla, de rehacerla cada vez, de actualizarla. Tal como la música nos

exige participación, hemos de entrar en ella para recibirla. Esta participación ha de ser una participación auténtica, no enmascarada, es decir, tenemos que ser nosotros mismos, actuar como personas, no como meros personajes. Tal como la música, este orden no está fijo, es fluido, viviente, y no hay ninguna razón para que se lo confunda con el caos. Por otro lado, el orden democrático asienta en la igualdad pero no en la uniformidad. Es una sociedad que acepta y promueve las diferencias fruto de la riqueza de la complejidad humana y está anclada en una fe en lo imprevisible.

Persona y democracia son, como dice Zambrano, palabras de la misma constelación, sus órbitas se conjugan y vitalizan. Ser persona implica darse cuenta de que «somos necesariamente libres», es decir, tenemos que responsabilizarnos de las opciones tomadas e implicarnos en lo que hacemos porque en ello va nuestra vida. La democracia, por su parte, permite al crear espacio para la esperanza, el desarrollo de la persona, y, por otro lado, necesita que las personas la actualicen constantemente. Según Zambrano, no es posible elegirse a sí mismo sin elegir al mismo tiempo a todos los demás, no hay pues peligro de discriminaciones en el desarrollo de la persona; de su núcleo hace parte la piedad, ese modo de intelección²⁶ preparado para tratar con todo lo que es radicalmente otro, de modo adecuado, sin desprecios ni distancias.

El objeto de la filosofía zambranianiana es el ser del hombre, ser que es necesario desentrañar, que nos tenemos que esforzar en conocer, creando las condiciones para su desarrollo. La identidad del humano en Zambrano consiste en un ser que padece su propia transcendencia²⁷, que ésta ha ido más allá del sitio donde propiamente se encuentra. El hombre necesita entonces del tiempo para ir descubriendo su ser, ir desarrollando su argumento en la historia. Persona no se es de una vez, definitivamente, hay que asumir esta tarea, preocuparse en buscarse a sí mismo, rechazar ser un mero personaje. Esto es, justamente, lo que exige la democracia según el pensamiento de Zambrano.

Maria João dos Santos das Neves
 Instituto Superior Dom Afonso III
 (INUAF)
 Convento Espírito Santo, 8100-641 Loulé
 (Portugal)

²⁶ Para profundizar sobre este tema, M. Zambrano, *Para una Historia de la Piedad*, Torre de las Palomas, Málaga, 1989.

²⁷ Cfr. M. Zambrano, *El Sueño Creador*, Turner, Madrid, 1986, p. 53.